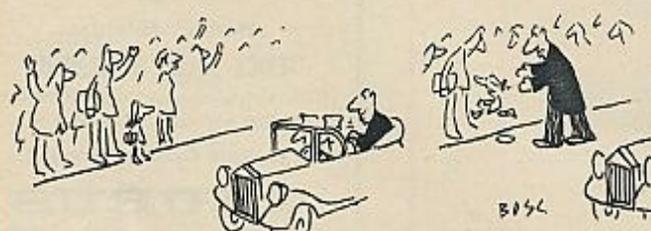
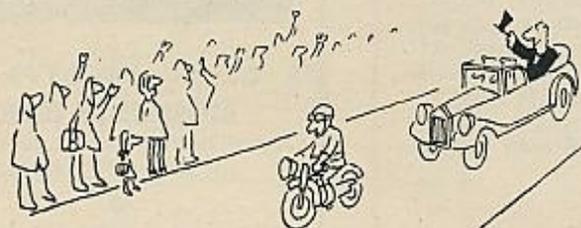


BOSC



POR ENCIMA DEL

En Varsovia, americanos y chinos han decidido tímidamente estrecharse la mano...

El 20 de enero se reanudaron —en Varsovia— las conversaciones, interrumpidas hace dos años, entre los representantes de Estados Unidos y los de la China Popular. El presidente Nixon había hecho saber, a principios del año pasado, que deseaba reanudar el diálogo chino-americano, pero una serie de equivocaciones de los «servicios» americanos llevó a los chinos a anular un primer encuentro en Varsovia.

Desde entonces, el Gobierno americano ha dado a Pekín pruebas de su buena voluntad, al eliminar cierto número de secuelas de la política obstruccionista concebida por Dean Acheson, y continuada por Foster Dulles y Dean Rusk. Los turistas americanos podrán comprar, en adelante, en Hong-Kong, «souvenirs» «made in China»; las firmas americanas podrán comerciar con China y los pasaportes americanos no llevarán en una de sus páginas la observación «no válido para China».

Una amistad traicionada

La escala de Nixon en Bucarest durante su periplo alrededor del mundo parece ser que la «entendieron» en Pekín, y los dirigentes chinos han podido constatar que Spiro Agnew no había concedido a Chiang-Kai-Chek, en noviembre pasado, más que treinta y cuatro cazabombarderos «F-100» (que la aviación americana ha dejado de utilizar hace ya más de diez años) en lugar de los «Phantom» solicitados. La próxima retirada de las armas nucleares de Okinawa (que será devuelto al Japón en 1972), la desescalada, aunque demasiado lenta, en el Vietnam, la «política de descompromiso» anunciada en Guam: signos todos ellos que habrán sido captados en Pekín.

Estas «aperturas» son tanto más notables cuanto que la política americana hacia China llevaba más de veinte años «congelada». Sus objetivos, puramente negativos, podían resumirse en dos palabras: «obstrucción» y «aislamiento». La hostilidad americana hacia la revolución china provenía en parte del sentimiento de una «amistad traicionada». De hecho, desde el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países, en 1784, los americanos han llevado a cabo, en China, una política tan interesante como la de las potencias europeas.

China, que representaba, sobre

todo, un vasto mercado para sus excedentes agrícolas, vio cómo llegaba también a su territorio una nube de misioneros protestantes americanos. Estos no consiguieron, como hubieran deseado, inculcar a los chinos una ternura impregnada de reconocimiento hacia Estados Unidos; durante el siglo diecinueve, la expansión americana a través del Pacífico (anexión de Hawai y de las Filipinas) debía, por otro lado, hacer que ese país llevase a cabo, en Asia, la famosa política de la «puerta abierta», que vestía con ropaje altruista intereses únicamente imperialistas.

Dean Acheson, secretario de Estado en la época Truman, comenzó la política obstruccionista. Foster Dulles, era Eisenhower, y Dean Rusk en la etapa Johnson, seguirían ese camino. En adelante los turistas americanos podrán comprar «souvenirs» «made in China» y de sus pasaportes se borrará el «no válido para China»...

Después de Pearl Harbour, Chiang-Kai-Chek, luchando contra el Japón, se presentó a los americanos no sólo como un aliado, sino como un héroe de la misma categoría que Churchill y De Gaulle. El desmoronamiento de su régimen corrompido y el triunfo de la revolución china fueron para ellos una desilusión brutal. Negándose a reconocer al Gobierno revolucionario de Pekín, Truman seguía fiel a la «doctrina» calvinista de Woodrow Wilson. Y la guerra de Corea acabó de transformar una amistad secular —aunque unilateral— en hostilidad profunda y recíproca. McCarthy purgaba el Departamento de Estado y las universidades de los «que habían entregado China a los rojos», mientras que Foster Dulles establecía un «cordón sanitario» a lo largo de las fronteras chinas y ciudaba de que toda la enseñanza referente a China en las escuelas americanas se basase en dos obras: un pequeño libro de historia redactado por la American Legion y un pequeño manual firmado por Edgar Hoover (director del F. B. I.), y titulado «Estudio del comunismo»...

Durante cerca de veinte años, la prensa americana saludaba a